



CINE

Bergman en la sala de partos

E

FERNANDA SOLÓRZANO

Este 14 de julio se cumple un siglo del nacimiento del director Ingmar Bergman. Además de los homenajes en torno a su obra —retrospectivas,

exposiciones, conferencias y publicaciones—, se han abierto nuevos miradores hacia su vida personal. Por ejemplo, la publicación de sus diarios de trabajo (que son, en realidad, apuntes sobre su ansiedad) o el estreno en Cannes del documental *Bergman: A year in a life*, de la directora Jane Magnusson. El título alude a 1957, un año durante el cual Bergman

filmó *Fresas salvajes* y *El séptimo sello*, dirigió su primera película para televisión y montó cuatro obras de teatro. Magnusson lo llama “el año enloquecido” del director, pero el documental no examina solo su hiperactividad creativa: también muestra a un Bergman incapaz de mantener un compromiso emocional. En ese tiempo el director sostenía un romance con la actriz Bibi Andersson mientras se desmoronaba su tercer matrimonio, con la periodista Gun Grut. También fue cuando conoció a sus siguientes dos esposas, la pianista Käbi Laretei y la condesa Ingrid von Rosen.

Más allá de su ejecución, *Bergman: A year in a life* anticipa nuevas formas de mirar y hablar del que muchos

consideran el director más influyente en la historia del cine. No se pierda de vista que los festejos por su centenario coinciden con un momento de juicio implacable a hombres —sobre todo, cineastas— cuyos comportamientos privados afectaron de alguna forma a las mujeres a su alrededor. No es impensable que el escrutinio alcance a Bergman. Se sabe que su infidelidad compulsiva llevó a pique cuatro de sus cinco matrimonios (solía dejar a una esposa por la que ocuparía su lugar), durante los cuales además tuvo *affaires* con prácticamente todas sus actrices. Del total de estas relaciones resultaron nueve hijos que —el propio Bergman admitiría luego— nunca gozaron de la atención de papá.

El movimiento #MeToo, sin embargo, busca denunciar situaciones en las que un hombre abusa de su posición de poder. En el caso de Bergman, ninguna de sus actrices habló nunca de explotación. Algunas, como Harriet Andersson, describieron vínculos claustrofóbicos y otras, como



Bibi Andersson y Liv Ullmann, hablaron de los frecuentes *berrinches* del director. Sus relatos difícilmente pueden considerarse reproches. No culpan al director de coartar su libertad.

Si la filmografía de Bergman se sometiera al tipo de revisionismo en boga, el dictamen sería todavía más contundente: el director diseccionó como pocos los dilemas de la condición femenina. La dimensión psicológica y emocional que imprimió a las mujeres de su cine es en sí misma un reconocimiento de la autonomía femenina. Es el caso de *El silencio* (1963), *Persona* (1966), *Gritos y susurros* (1972) o *Sonata de otoño* (1978), donde apenas figuran personajes masculinos. En las películas donde el director aborda las dificultades de la vida en pareja, las mujeres observan con lucidez a los hombres que las rodean —sus miedos, debilidades y formas de organizar el mundo—. Sagaces y de conciencia libre, son ellas quienes, en sus relaciones, toman la última decisión.

¿Cómo conciliar esto con el retrato de un hombre posesivo, insensible a los sentimientos de esposas engañadas, hijos relegados y actrices de quienes exigía devoción absoluta? Una respuesta cínica propondría que la ficción permitía a Bergman declararlas a ellas vencedoras de las batallas, sin ceder el control en las relaciones de la vida real. Al parecer, no fue tan simple. Una anécdota poco conocida revela a Ingmar Bergman llevándose a sí mismo a un escenario del que —diría luego— tuvo ganas de escapar.

Ocurrió en 1957, cuando Bergman se embarcó en la producción de *En el umbral de la vida*: la historia de tres mujeres que conviven durante veinticuatro horas en una sala de maternidad. (Ignoro si el hecho se menciona en el documental de Magnusson, pero refuerza la idea del *año enloquecido*.) El proyecto estaba lejos de la zona cómoda del director. De entrada, era un encargo. Había prometido entregar una película a la productora Sveriges Folkbiografer y, contra-

rio a su costumbre, le pidió a su amiga Ulla Isaksson adaptar dos cuentos suyos que, dijo, lo habían cautivado. La película muestra a tres mujeres embarazadas que enfrentan futuros inciertos. Cecilia (Ingrid Thulin) llega al hospital tras sufrir un aborto, e interpreta el incidente como una señal de inadecuación para ejercer la maternidad. Stina (Eva Dahlbeck) se ve a sí misma como la madre ideal, pero su embarazo se ha alargado de más: un parto inducido le hará ver otra realidad. La paciente más joven, Hjördis (Bibi Andersson), no desea dar a luz. Llegó al hospital tras intentar provocarse un aborto. Espera un hijo ilegítimo y sus padres desconocen su estado.

Bergman solía escribir sus propios guiones, lo que le permitía cambiar los diálogos sin perder de vista el significado. Esta vez debió apegarse a las palabras escritas por Isaksson, pero hizo evidente su empatía hacia las mujeres de la historia a través de planos cerrados que expresan su intenso dolor, físico y emocional. La potente conexión entre intérpretes y cineasta fue reconocida al año siguiente en el festival de Cannes. Thulin, Dahlbeck y Andersson obtuvieron el premio a la mejor actriz, y Bergman se llevaría el premio al mejor director.

A pesar de los reconocimientos, *En el umbral de la vida* incomodaba a Bergman. En su autobiografía *Imágenes* cuenta que olvidó mencionarla en el recuento de su obra que daría lugar al libro. Intrigado por su propia aversión, comparte con el lector recuerdos del rodaje. Narra que le pidió al médico asesor de la cinta que lo dejara ser testigo de un parto, y agrega que la experiencia fue “traumática y edificante”. Para entonces ya tenía cinco hijos, pero no había presenciado el nacimiento de ninguno. “En vez de ello —escribe—, me emborraché o me puse a jugar con mis trenecitos eléctricos o me fui al cine o a ensayar o, de forma inapropiada, les presté atención a otras mujeres.” Bergman dice que las imágenes y los olores del cuarto de hospital le provocaron náuseas, y que nada

de eso tenía relación con sus “inadecuadas experiencias como papá —siempre torpes, siempre escapando”.

Sus confesiones espontáneas e impregnadas de culpa son invaluable. Por un lado, son la llave para entender lo que el propio Bergman llamaba una “resistencia necia” hacia *En el umbral de la vida*. Tardó más de treinta años en volver a ver la película (y solo porque debía comentarla en su libro) y fue hasta entonces que verbalizó las emociones que le produjo filmarla. Por otro lado, las reflexiones sobre su paternidad en fuga o sobre el comportamiento *inapropiado* con la esposa en turno sugieren que la identificación con las mujeres de sus películas era metafóricamente una puesta en escena. Por lo visto, el malestar que le produjo el rodaje de *En el umbral de la vida* no tenía precedentes. “Si hubiera sabido, de verdad sabido, en qué me estaba metiendo —escribió—, no lo hubiera hecho.” La declaración no es poca cosa. Considérese que unos meses antes, y sin titubear, Bergman había filmado la partida de ajedrez entre un hombre y la Muerte.

A pesar del mal trago que le supuso rodar *En el umbral de la vida*, Bergman siguió filmando historias donde ellas, más que ellos, tienen el don de la introspección. En esta y varias películas, el retrato de sus congéneres es todo menos favorecedor: futuros padres ajenos a las crisis en las salas de partos o maridos egoístas que siempre dan prioridad a su bienestar. No hace falta hacer notar la ironía; tampoco desmantelarla. Para muchos, el juego de espejo invertido entre el arte y la vida privada será motivo de condena. Otros celebramos que las relaciones intensas de Bergman influyeran en la creación de personajes femeninos que, aún en el cine de hoy, no tienen comparación. —

FERNANDA SOLÓRZANO es ensayista. Participa en el programa radiofónico *Atando cabos* y tiene en *Letras Libres* la videocolumna *Cine aparte*. El año pasado publicó en Taurus *Misterios de la sala oscura*.



SOCIEDAD

La cruzada de los niños



RAFAEL GUMUCIO

Primero fue el *bullying*. Sobre este modelo, el más exitoso y antiguo, se han ido construyendo las diversas cruzadas posmodernas que atraviesan a velocidad de crucero la opinión pública y sus redes sociales para envejecer al mismo acelerado ritmo con que maduran. Tan antigua como la escuela misma, el acoso escolar encontró en la mente preclara del psicólogo noruego Dan Olweus un nombre. Encargado a mediados de los años setenta de estudiar los suicidios en la escuela, adaptó al mundo escolar el concepto de *mobbing* usado para describir el acoso laboral. El término *mobbing* venía asimismo de la etiología, lo había acuñado el zoólogo

austriaco Konrad Lorenz para describir la súbita agresión a la que un grupo de pájaros puede someter a uno de los suyos. El viaje es en sí interesante: de la biología un concepto viaja a la sociología y la psicología social para seguir de largo hacia la ley. Porque la investigación de Dan Olweus derivó luego en un informe para el gobierno noruego y en una serie de protocolos y leyes que poco a poco la mayor parte de los países de Occidente han ido adoptando.

El término *bullying* contiene la palabra *bull*, o sea toro. El *bully* es el toro que empuja con sus cuernos a los compañeros de curso, no para resolver los potenciales conflictos de clase, o de raza o de sexo, sino solo para desautorizar gratuita y continuamente a otro que, sin fuerza para defenderse del continuo asedio, termina por abandonar la pelea, marginándose no

solo del ámbito escolar sino de su propio yo, de la sensación de ser quién es. Los estudios de Olweus y otros preocupados por el mismo tema nacieron de la alarma ante las olas de suicidios escolares que el sistema educacional parecía incapaz de frenar. La teoría del *bullying* no pretende erradicar la violencia de la escuela, como algunos de sus seguidores más fervientes creen, sino regular hasta potencialmente eliminar las relaciones de poder entre los alumnos. Distingue entonces dos categorías permanentes, la del *bully* y la de la víctima.

La elaboración de esta teoría coincide en fechas con el momento de esplendor de los estudios de Foucault sobre el poder. Un poder que según Foucault se impone con toda la violencia en ámbitos que parecen neutrales, como la escuela, la clínica, la universidad, el lenguaje mismo. Esa visión hipertrófica del poder y su violencia algo tiene que ver con el sadomasoquismo confeso del ciudadano Foucault. Foucault denuncia el poder porque lo goza de una manera que sus seguidores más ingenuos no podían ni adivinar. Siguieron a su maestro en la búsqueda infinita de señales de poder, pero no quisieron entender que el poder no era para Foucault algo que se podía separar del deseo. Foucault no quería ni podía destruir el poder que veía ejercerse en las más mínimas interacciones, y sus seguidores cometieron la ingenuidad de intentarlo. La generación de mayo del 68 que leyó a Foucault como un programa político no fue capaz de conquistar el poder político y le costó más de lo que esperaba ejercer el poder cultural. Daniel Cohn-Bendit, su líder más visible, al ver derrotada su revolución, se fue a educar niños en una comuna hippie alemana. Su gesto no fue del todo solitario. Consciente de que los adultos y aun también los jóvenes, contaminados por el patriarcado y el capitalismo, no podían hacer la revolución, las cabezas más encendidas de la revolución del 68 concentraron sus esfuerzos

en intentar limpiar desde el origen las conciencias de los niños, sus niños.

Porque en el 69 y el 70 y el 71 o el 78 los hippies y los guerrilleros tuvieron hijos, y casas y trabajos. Se rindieron a la realidad de una economía global, de un mercado omnipresente intentando salvar en la casa a los niños de las tareas, los golpes, los insultos, los deberes a los que fueron sometidos. Por eso no es un azar que la primera de las cruzadas posmodernas, estas campañas altamente mediáticas, haya sido el *bullying* en el patio escolar. Los enemigos del poder renunciaron a competir por él donde se supone que se manifiesta de manera más patente, en la política o la economía, para centrar sus esfuerzos en el colegio.

La única forma
que tiene una guerra o
una revolución de no
perderse en el tráfago de
la información digital está
en su capacidad de exhibir
niños.

La generación fruto de esos esfuerzos heredó de sus padres, y sobre todo de sus profesoras, una visión maniquea y diabólica del poder que le debía no poco a una curiosa lectura asexual de Michel Foucault, el filósofo que no podía ni quería separar el poder del sexo. El *bully* fue así la encarnación completa y total del poder, y el *bulleado* la encarnación total también de la víctima que hay que salvar. La idea de que en ese laboratorio que es el colegio se pudieran erradicar las formas tradicionales del poder patriarcal pareció no solo posible, sino que pasó a ser urgente. El *bully* ya no es, como solía ser, el reflejo de la violencia de una sociedad, sino el portador de un mal radical que hay que extinguir también de raíz. No es tampoco la víctima del *bully* un ser que negocia con su dolor un lugar en la sala de clase, no puede ser también un provocador, es la vícti-

ma absoluta e indesmentible a la que hay que defender incluso de sí misma.

La víctima y el *bully* son dos personas que no saben lo que hacen, que de alguna forma no pueden ni saben controlar el poder que ejercen o que sufren. Da lo mismo que la experiencia de quienes hemos sufrido *bullying* y de quienes lo han ejercido sea más compleja y matizada, sabemos de Auschwitz en adelante que existe el mal absoluto. Sabemos de Martin Luther King en adelante que ese tipo de maldad no necesita siquiera un Estado totalitario para ejercerse, que puede convivir con la democracia y la declaración de los derechos humanos. Sabemos que hay momentos, lugares, edades donde el mal es irreparable, total. El cura que viola a sus alumnos y los confiesa luego no es ni puede ser más que ese mismo mal ante el que no cabe más que una actitud: la indignación. Una indignación ejercida en público con una violencia, con una coordinación que no deja de parecerse al *mobbing* ejercido desde el vuelo circular de las redes sociales. Un *bullying antibullying* que, limpio de la indignación, nos permite ejercer la crueldad sin tener que pagar por ella ni un solo impuesto de culpa o de horror.

Pero ¿es de verdad el patio de la escuela una metáfora completa y total de la sociedad? ¿Es de verdad el laboratorio en que se puede cambiar la sociedad antes de que la influencia del mercado y el sexo manche todo? Nos guste o no, las calles y las plazas del mundo son más amplias y complejas que un patio escolar. Quizás porque no estamos ahí para aprender o enseñar nada. Cualquier intento de usar el colegio como metáfora de la sociedad choca con el hecho cierto de que vivir no es aprobar ni reprobar ni recibir o no diploma. Existe entre el mundo del colegio y el mundo del trabajo algo llamado adultez, o sea la cierta sensación de que el mundo no es algo que te sucede sino algo de lo que eres de alguna forma responsable, o al menos parte. El que lanza hijos al mundo no puede decir que no le importa que Corea del Norte pruebe misiles contra Japón, también de-

ja de poder decir que duerme del todo tranquilo mientras la ciudad en su ventana sigue encendida. El que tiene niños sabe que la crueldad de golpearlo al nacer para que respiren es algo que debe perdonarse. Sabe que el torero en el ruedo es una metáfora de cualquiera de sus jornadas laborales o no. El que tiene hijos sabe que no hay profesores que sepan más que él porque en el arte de ser padres, adultos, ciudadanos todos estamos siempre en primer año.

Eso que es cierto en la calle no es cierto en Facebook, esa red social que nació de imitar el directorio con que los alumnos de Harvard se conocen y se reconocen el primer año de universidad. Un mundo en que todos somos de alguna forma alumnos que publicamos información relevante o no para que otros alumnos nos quieran o *bulleen* casi impunemente porque las limitaciones y regulaciones de la red imitan también la que adoptan colegios y universidades para proteger a los miembros de sus comunidades educativas: nada de pezones, insultos solo sugeridos, violencia sí, pero nunca acoso continuado y permanente. Una libertad perfectamente vigilada para que en ella podamos seguir siendo niños denunciando horribles maltratos, insultos, persecución, intimidación y violencia que sufren otros niños. Niños flotando solos en el mar, niños bajo los muros de una escuela bombardeada en Siria o Irak, niños violados por curas en Boston, niños insultados por su color de piel, niños yendo al colegio sin zapatos, niños abrazando al perro que los encontró debajo de los escombros de su casa. Niños con cara de niño, con cuerpo de niño, niños con ojos llorosos de niño, pero también adultos que nos recuerdan, como Salma Hayek, que en cada mujer acosada o violada hay una niña. Una causa, una guerra, una revolución se convierte en visible solo cuando afecta a niños.

La única forma que tiene una guerra, una revolución o una masacre de no perderse en el tráfico de la información digital está en su capacidad de exhibir niños. Se trata de mostrarnos niños muertos que nos conectan con

nuestra propia niñez, ese espacio donde no se pueden discutir las razones del que mata, porque el que mata a un niño no tiene razón nunca. ¿Pero el que mata un adulto? Eso es más discutible. El acento que ponemos en la niñez como único foco de conmoción, como única preocupación universal, excluye el mundo del trabajo, de las finanzas o de la política del territorio de lo que puede indignar. La lucha de clases que solo afecta a los niños de manera tangencial queda también cancelada hasta nuevo aviso. Se hace televisión y cine para gente de doce años de edad mental, repite un famoso lugar común. Pero hay niños y niñas de doce años más inteligentes y sensibles que muchos adultos. Eso no quita que no sean adultos, porque ser adulto y ser niño no tiene nada que ver con un problema de información, de conocimiento o de inteligencia. Un niño de doce años no puede comprender *Crimen y castigo*, no porque no conozca el contexto de la Rusia zarista o no maneje el vocabulario del libro, sino porque la idea de un criminal sin piedad que está sin embargo al lado de la santidad no es para su edad mental, o más bien para su edad moral, comprensiblemente. No tiene por qué serlo, su visión del mundo es completa y coherente, no es en ningún sentido un adulto en miniatura. Su edad moral le capacita para lo que tiene que decidir, que no es poco, pero sabe y saben sus padres que hay otras decisiones que no puede tomar no por falta de desarrollo intelectual o de conocimientos específicos, sino justamente porque no pueden comprender aún que el mal absoluto y el absoluto bien no existen, que en la vida adulta hay que hacer muchas “cosas malas” que son buenas y evitar muchas “cosas buenas” que son malas.

El modelo del *bullying*, con su victimario absoluto y su víctima total, no funciona para comprender conflictos sociales, políticos y religiosos complejos, pero tampoco sirve para comprender el mundo de la escuela. Décadas de regulación aplicadas por casi todos los países no han logrado ni siquiera el modesto logro de erradicar la cruel-

dad, ni el poder de la escuela y menos aún de las calles que rodean el colegio. La violencia y el poder han aprendido a hablar el idioma de los niños. Jóvenes tatuados y entrenados para la guerra se enfrentan en países en vías de desarrollo y en países desarrollados con armas blancas y de las otras. Muchas de las mafias más peligrosas del mundo son dirigidas por menores de edad que tienen la ventaja para los dueños del negocio de ser inimputables legalmente, altamente inconscientes del riesgo que toman (están jugando) e infinitamente reemplazables por otros niños que sus profesores, legisladores y psicólogos no lograron salvar.

La violencia, como el fuego, no se apaga cuando le lanzan maderos que consumir. La compulsión por regular la crueldad es solo un nuevo territorio donde ejercerla de modo distinto y nuevo. Este es el tipo de cosas que aprendemos los adultos. Los niños no tienen por qué saberlo, para ellos eso es el puro cinismo de los padres que nacieron derrotados. Los niños no tienen por qué legislar ni gobernar, su papel es jugar. Es lo que hacen. Un año son animalistas, otro feministas radicales, otro más socialistas utópicos. Los partidos políticos que apuestan a su entusiasmo pasan de estar a punto de gobernar a casi desaparecer. Sus causas cambian solo en apariencia porque son solo versiones de la lucha contra el *bullying*, es decir, contra el abuso irracional y ciego. Saben que esto es un juego y que nada demasiado importante va a cambiar. No les puede ofender saber que esto fue alguna vez de verdad, de verdad la cárcel, de verdad las ablaciones, de verdad el chador ahora mismo a algunos kilómetros de donde viven.

Luchar contra esas opresiones reales y visibles exige un tipo de indignación prolongada que no es parte del juego. Exige también una política de alianzas con algunos aliados que no son lo puros y lo inocentes que deberían ser. Exige en definitiva aceptar el destino de los adultos, que no es otro que pactar con las po-

sibilidades de lo real para conseguir solo victorias parciales, que son también derrotas parciales.

Su ambición se parece a esas oleadas de niños y pobres que a comienzos del siglo XII empezaron a caminar desde el fondo de Alemania y de Francia para recuperar armados de su inocencia los lugares sagrados de mano de los infieles. Como los niños de hoy, los de la famosa cruzada de los niños jugaban simplemente a los juegos de los grandes. No hacían más que aplicar a la práctica las enseñanzas de la Iglesia que los había convencido de que su inocencia era una fuerza irresistible que abriría en dos el Mediterráneo. Consideraban una herejía armarse, prepararse, juntar dinero para comprar barcos y guías para concluir con éxito su misión. La gracia de su cruzada era que, a diferencia de todas las otras cruzadas, no transaba con los poderes de este mundo. Seguros solo de esa inocencia sagrada fueron muriendo de frío y de hambre en el camino.

Nada de eso los desanimó. Llenos de una fe inextinguible en sí mismos, desafiaron ese mundo corrupto y desalmado que los mantenía en la pobreza y la mendicidad en sus pueblos. Caminaron para huir de eso también, la precariedad obligatoria de sus vidas. Muy pocos llegaron finalmente a Génova, donde Nicolás, su jefe, trató de abrir el mar. Al no lograrlo, los niños, que ya se habían convertido en adultos, se desbandaron. Algunos fueron vendidos como esclavos, otros se perdieron en peleas y borracheras, ninguno vio nunca los muros de Jerusalén. Los grandes señores feudales de los que huían vieron cómo la posible rebelión de sus jóvenes siervos quedó disuelta en ese combate inútil. Las nuevas cruzadas son más veloces y menos mortales que esta de los comienzos del 1220, pero suelen, como ellas, disolverse cuando el mar inexplicablemente no se abre bajo sus órdenes, cuando se quedan sin camino para atravesar el océano hacia la tierra santa. —

RAFAEL GUMUCIO es escritor. En 2018 ha publicado *El galán imperfecto* (PRH).

AGENDA

JULIO

CONGRESO
ANATOMÍA
DEL PROCÉS

La Universidad Internacional Menéndez Pelayo organiza en Santander un seminario sobre la crisis independentista catalana del 2 al 5 de julio.

EXPOSICIÓN
TECNOLOGÍA Y
TRANSPARENCIA

El museo CaixaForum de Barcelona presenta la exposición *Una cierta oscuridad*, del 20 de junio al 5 de enero.

CONCIERTO
QUEENS OF
THE STONE AGE

La banda estadounidense, que sacó el año pasado el disco *Villains*, visita la sala Razzmatazz 1 el día 11 y en el Mad Cool en Madrid el 14.

RETROSPECTIVA
INGMAR BERGMAN

La Filmoteca de Madrid continúa su ciclo de películas del cineasta sueco en el Cine Doré.





CINE

Trapera deambulante

G

VICENTE MOLINA FOIX

Godard no le abre a Agnès Varda al final de *Caras y lugares* cuando ella quiere saludarle en su casa lacustre, a la que ha ido acompañada de su correa-

lizador JR para rememorar la antigua amistad; cansada de llamar, entristecida, le deja el regalo de unos *brioche*s comprados ex profeso y un mensaje a rotulador en el que evoca a “Jacquot” (Jacques Demy, marido de Agnès fallecido en 1990 y persona querida por Godard). Varda sospecha, y con ella

los espectadores, que Jean-Luc sí está dentro, agazapado tras las cortinas o haciendo oídos sordos en otra habitación de la casa. Y JR le dice entonces para consolarla: “Quizá ha querido alterar el curso de tu línea argumental”. No es una suposición insensata.

Pero Godard sí abrió las puertas del reconocimiento, siendo ya un crítico muy señalado y antes de convertirse en el refundador del séptimo arte, a la única directora de la *nouvelle vague*, quien, dos años mayor que él, había iniciado con veintiséis una carrera fílmica en la ficción y el documental que no tiene comparación igualable en la historia del cine, mu-

jerer y hombres incluidos. A propósito de *Du côté de la Côte* (1958), cuarto título de la filmografía vardiana y tercero de sus numerosos cortometrajes, Godard, con el desbordamiento enco-miástico propio de la época, escribió que esa breve mirada a la Costa Azul, tan literaria como impertinente en el humor, era una película admirable “multiplicada por Chateaubriand (el del *Voyage en Italie*), por Delacroix (el de los bocetos africanos), por Madame de Staël (la de *De l'Allemagne*), por Proust (el de *Pastiches et mélanges*), por Aragon (el de *Anicet ou le panorama*), por Giraudoux (el de *La France sentimentale*), y por más que me olvido”. En medio de sus superlativos, el autor de *Al final de la escapada* repara en un detalle: “la maravillosa panorámica de ida y vuelta que sigue una rama de árbol recortada por la arena para llegar hasta las alpagatas rojas y azules de Adán y Eva”.

Las alpagatas del hombre y la mujer desnudos en un prado no son de ese color, sino verdes y magenta, pero el ojo “godardiano” acertaba ya entonces en algo subsidiario e importante: la presencia en el cine de Varda del más modesto utillaje de la vida corriente. *Villages et visages*, título que en francés tiene un gusto aliterativo perdido en la traducción española, sigue la senda periférica de *Los espigadores y la espigadora*, esa obra maestra con la que inició el siglo XXI y a partir de entonces continuó de diversas formas y en distintos formatos, desde las películas cinematográficas hasta las instalaciones museísticas, en un conjunto fílmico que ha ido cobrando a lo largo de sesenta años de abundante actividad una densidad, una coherencia y una riqueza de signos siempre impregnados por la personalidad de la artista, tantas veces presente, tras la escritura del guion y la labor directiva, en tanto que narradora ambulante de sus historias.

Los países, los temas, las ocasiones y los personajes, reales o interpretados por actores, fueron cambiando y alter-nándose, pero queda claro a

la hora de hacer recuento (provisional, por supuesto) que la predilección de la cineasta siempre va hacia los depósitos donde se almacenan desechos, olvidados, carencias; el caudal de lo que un día fue básico en comunidades urbanas o rurales “de proximidad” y que ahora tan lejos nos queda. Agnès Varda se ha convertido en la gran fabulista de lo abandonado y lo desportillado, de los segundos términos sociales hoy apenas visibles, de los restos de la opulencia que para tantos es el Progreso. Esto no es nuevo en ella. *Cléo de 5 a 7* (1961), en su estructura de crónica en tiempo real de la tarde que pasa su protagonista, una joven cantante de poca monta a la espera de un grave dictamen médico,

En la gloriosa última fase de su cine, Varda se ha convertido en el contrapunto femenino del *chiffonnier* (traperero) que Benjamin quiso ser de recogedor monumental de lo mínimo.

tenía algo de retrato proletario de la ansiedad, y en la originalísima *La Pointe Courte*, su primer largo, de 1954, la historia de la crisis de una pareja reunida en el poblado marítimo cercano a Sète del título, hasta el minuto doce no aparecen el hombre y la mujer, primero largamente de espaldas, al fin de frente ambos, precediéndoles un introito sobre la vida de los pescadores furtivos, las básicas comidas familiares, el miedo a los policías de la Salud Pública; esa línea documental reaparece en bellas escenas de astilleros y arcaicas fiestas acuáticas del lugar, entremezclada sagazmente con la letanía doliente de la pareja, una inspiración discursiva clarísima de *Hiroshima mon amour* (1959).

En esta gloriosa última fase de su cine, Varda se ha convertido en el contrapunto femenino del *chiffonnier* (traperero) que Walter Benjamin, tomando el molde poé-

tico de Baudelaire, quiso ser en sus propias obras de recogedor monumental de lo mínimo: “todo lo que la gran ciudad ha tirado, todo lo que ha perdido, todo lo que ha desdoblado, todo lo que ha roto, él lo cataloga y colecciona. [El traperero] Compulsa los archivos del derroche, el Cafarnaum de la basura. Y hace un expurgo, un surtido inteligente.”

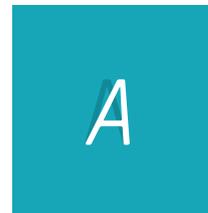
En su filmografía ya había un excelente título, *Daguerréotypes* (1975), descrita por ella como una película sobre los comerciantes y los comercios de una manzana parisina de la calle Daguerre, donde vivía. Pero en esta última hay que señalar el papel jugado junto a ella por JR, el artista viajero en su caraván de fotomatón con impresora. Juntos inician un paseo de rescate por los campos y pueblos menos lucidos de Francia, JR siempre con gafas negras, y ella con crecientes problemas oculares; es bellissimo el momento en que Agnès por fin convence a su compañero de que se quite las gafas para ella, y al hacerlo lo ve borroso en la bruma de sus cataratas.

Caras y lugares glosa lo efímero y lo practica. Las fotoimpresiones gigantes de JR son estampadas en muros donde no hay publicidad pero queda vida, como en el caso de la única habitante de un pueblo minero fantasma, retratada y adherida a su vacía casa, o el homenaje emocionante a Guy Bourdin, el amigo muerto de Varda, cuyas fotos de joven ella rescata, para quitarle muerte, e imprime con el método JR en un acantilado que la marea y el salitre irán borrando. Todo lo irá borrando el paso del tiempo; se trata de recordarlo, de documentarlo: el recóndito cementerio rural de diez tumbas, una de las cuales es la de Cartier-Bresson, o las tres esposas rubias de los estibadores de El Havre, magnificadas en los contenedores de un cargamento con incierto destino. —

VICENTE MOLINA FOIX es escritor. En 2017 publicó *El joven sin alma*. *Novela romántica* (Anagrama).

CIENCIA

El estrés nos ayuda a procesar las malas noticias



TALI SHAROT

Algunas de las decisiones más importantes que tomamos a lo largo de nuestra vida ocurren en momentos de estrés y ansiedad.

Desde decisiones médicas a financieras o profesionales, a menudo se nos exige evaluar información bajo condiciones muy estresantes. Tomemos como ejemplo unos padres que necesitan tomar una serie de decisiones importantes durante el embarazo y el parto, situaciones en las que casi todo el mundo se siente estresado. ¿Somos mejores o peores procesando y usando la información en estas circunstancias?

Mi compañero Neil Garrett, que trabaja ahora en el Instituto de Neurociencia de Princeton en Nueva Jersey, y yo salimos de nuestro seguro laboratorio y nos aventuramos a investigar cómo funciona la mente bajo estrés en cuarteles de bomberos en el estado de Colorado.

El día a día de un bombero varía bastante. Algunos días son bastante distendidos: se pasan la mayor parte del tiempo lavando el camión, limpiando material, cocinando y leyendo. Otros días pueden ser frenéticos, con numerosas amenazas a las que deben atender; entran en casas ardiendo para rescatar a residentes atrapados y atienden emergencias

médicas. Estos altibajos presentaban el marco perfecto para un experimento sobre cómo las habilidades personales para usar la información cambian cuando nos sentimos bajo presión.

Descubrimos que la amenaza percibida desencadenaba una reacción de estrés que mejoraba el procesamiento de información de los bomberos, siempre y cuando se tratara de malas noticias.

Así llegamos a los resultados. Les pedimos a los bomberos que calcularan la probabilidad de experimentar cuarenta sucesos desagradables diferentes en su vida, como por ejemplo tener un accidente de coche o ser víctima de fraudes cometidos con tarjetas de crédito. Luego les dábamos buenas noticias (les decíamos que la probabilidad de experimentar alguna de estas situaciones era menor de lo que habían pensado) o malas noticias (que era mayor) y les pedíamos que nos proporcionaran nuevas estimaciones.

La investigación ha demostrado que, en general, somos bastante optimistas. Ignoramos las malas noticias y nos quedamos con las buenas. Esto pasa cuando los bomberos están relajados, pero cuando están bajo estrés surge un patrón diferente.

Bajo estas condiciones se volvieron hipervigilantes ante cualquier mala noticia que les diéramos, incluso cuando no tenía nada que ver con su trabajo (como por ejemplo, saber que la probabilidad de fraude con una tarjeta era más alta de lo que pensaban), y alteraron sus creencias como respuesta. Por el contrario, el estrés no les hizo cambiar la forma en que respondían a las buenas noticias (como saber que la probabilidad del fraude con la tarjeta era menor de lo que habían pensado).

Al analizar esto en el laboratorio, observamos el mismo patrón en estudiantes universitarios a los que se les pidió que dieran un discurso público sorpresa, que sería juzgado por un jurado, grabado y publicado online. Sus niveles de cortisona se dispararon, su ritmo cardíaco subió y de repente mejoraron en el procesamiento de informa-



ción no relacionada, aunque alarmante, sobre tasas de enfermedad y violencia.

Cuando se experimentan situaciones estresantes, ya sean personales (esperamos un diagnóstico médico) o públicas (inestabilidad política), se desencadena un cambio fisiológico que puede provocar que nos pongamos alerta ante cualquier alarma y nos obsesionemos con lo que podría salir mal. Un estudio que utilizó imágenes cerebrales para observar la actividad neuronal de personas bajo estrés reveló que este “cambio” estaba relacionado con un impulso repentino en una señal neuronal importante para el aprendizaje (conocido como error de predicción), específicamente como respuesta a señales inesperadas de peligro (caras que expresan miedo, por ejemplo). Esta señal se basa en la dopamina, un neurotransmisor que se encuentra en el cerebro y cuya función, bajo estrés, se ve alterada por otra molécula llamada factor liberador de corticotropina.

Esta ingeniería neuronal podría haber ayudado a los primeros humanos a sobrevivir. Cuando nuestros antepasados se encontraban en un hábitat lleno de animales hambrientos, se beneficiaron de una mayor capacidad para aprender sobre los peligros con el

fin de evitar a los depredadores. En un entorno seguro, sin embargo, sería un desperdicio estar constantemente en alerta. Cierta ignorancia puede ayudar a mantener la mente en calma. Por lo tanto, un “interruptor neuronal” que aumente o disminuya automáticamente la capacidad para procesar peligros en respuesta a cambios en el entorno puede ser muy útil. De hecho, las personas con depresión clínica y ansiedad parecen incapaces de salir de un estado en el que absorben todos los mensajes negativos a su alrededor.

Es importante darse cuenta de que el estrés viaja rápidamente de una persona a otra. Si un compañero de trabajo está estresado, es más probable que acabes tenso y sintiéndote estresado también. Nuestros cerebros están diseñados para transmitir emociones rápidamente de unos a otros, porque generalmente transmiten información importante. Wendy Berry Mendes, profesora de emoción en la Universidad de California, San Francisco, y sus compañeros han descubierto que en situaciones donde hay madres que sufren o acaban de sufrir experiencias socialmente estresantes, los ritmos cardíacos de los bebés que cogen en brazos aumentan tam-



bién. El mensaje transmitido por el corazón palpitante de la madre era un signo de peligro, y como resultado el bebé evitaba interactuar con extraños.

Ni siquiera es necesario estar en la misma habitación con alguien para que sus emociones influyan en nuestro comportamiento. Hay estudios que muestran que si observamos interacciones o imágenes positivas en las redes sociales, como fotografías de un atardecer rosado, es más probable que publiquemos mensajes más positivos y alentadores. Si observamos mensajes negativos, como quejas sobre colas largas en una cafetería, a su vez nos harán crear publicaciones más negativas.

De alguna manera, muchos de nosotros vivimos como si de verdad estuviéramos en peligro, al igual que los bomberos de guardia, y estamos constantemente preparados para apagar las llamas de correos y mensajes exigentes, y responder alertas y estímulos de redes sociales. Revisar repetidamente el teléfono, como indica una encuesta realizada por la Asociación Psicológica Americana, está relacionado directamente con el estrés. En otras palabras, una reacción fisiológica preprogramada, con la que la evolución nos ha

equipado para ayudarnos a evitar a depredadores hambrientos, se desencadena ahora por un tuit. Los tweets, según un estudio, aumentan el pulso, hacen sudar y amplían las pupilas más que la mayoría de las actividades diarias.

El hecho de que el estrés aumente las probabilidades de que nos centremos en mensajes de alarma, junto con el hecho de que se propaga como un tsunami, puede crear un miedo colectivo que no está siempre justificado. Después de un acontecimiento público estresante, como un atentado terrorista o un tumulto político, suele haber una ola de información tanto en los medios tradicionales como en las redes sociales que los individuos absorben bien, pero que puede exagerar el peligro existente. Se produce un patrón fiable después de ataques terroristas y caídas de la bolsa: el estrés se dispara y se propaga de una persona a otra. Eso aumenta temporalmente la probabilidad de que la gente acepte noticias negativas, lo que a su vez incrementa el estrés todavía más. Como consecuencia, se cancelan viajes, aunque el ataque terrorista se haya llevado a cabo en la otra punta del mundo; se venden acciones, incluso cuando retenerlas es la mejor opción; y las campañas políticas temerarias atraen seguidores, hasta cuando no se ajustan a la realidad.

La buena noticia es, sin embargo, que las emociones positivas, como la esperanza, son contagiosas también, y tienen el poder de inducir a la gente a encontrar soluciones. Ser consciente de la estrecha relación entre el estado emocional y cómo se procesa la información puede servirnos para estructurar nuestros mensajes de manera más efectiva y ser agentes conscientes del cambio. —

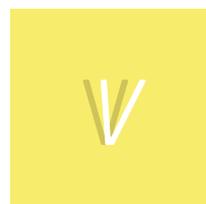
Traducción del inglés de Ricardo Dudda.

*Publicado originalmente en Aeon.
Creative Commons.*

TALI SHAROT es la directora del Affective Brain Lab y profesora de neurociencia cognitiva en University College London. Es autora de *The influential mind* (2017) y *The optimism bias* (2011).

SOCIEDAD

Solo vivo si me piensas



MARIANO GISTAIN

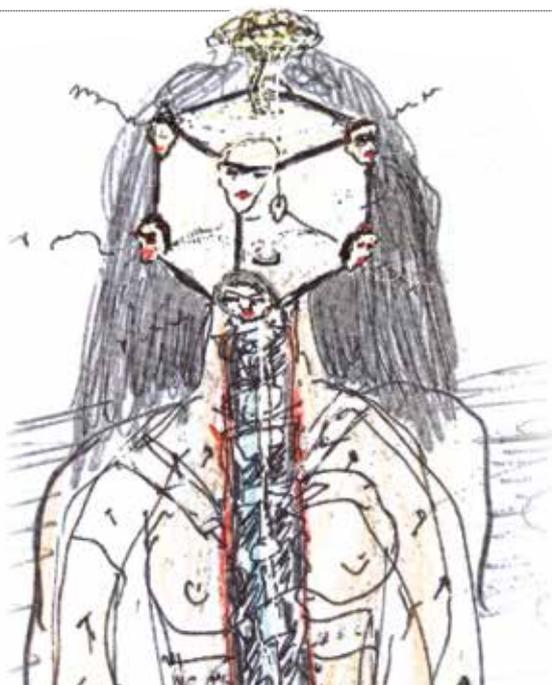
ivimos si los demás nos piensan. De ahí tantos selfies. Los demás nos mantienen vivos. Si nadie te piensa estás muerto. Habrás tenido

esa sensación de vacío: flotando en el mundo que te ignora tanto... hasta que tintinea el WhatsApp y se reinicia el mundo. A veces es placentera... si no dura demasiado. Los demás —vivos o muertos— nos hacen vibrar.

El universo es una sutil vibración. Quizá la fijación humana por el alma viene de que ya imaginábamos la inconsistencia de la materia: esta mesa está hueca, los átomos, igual, etc. Los neutrinos nos atraviesan sin fricciones. Bueno, tal vez haya algún roce que no hemos sabido detectar. Roce de cuerpos a distancia, el rayo del pensamiento. Quizá intuimos desde siempre que el mundo está hueco y todo es un mero vibrar relaciones. Antes que la ciencia lo sabría el cuerpo, con el primitivo sensor que ha permitido sobrevivir y prosperar a las bacterias que nos llevan.

Varios experimentos recientes descubren que hay más especies de neutrinos de las que estaban catalogadas. Había una predicción al respecto, puede ser que se confirme. Eso obligaría a rehacer el modelo estándar, que es nuestra religión actual.

A veces nos llega antes el recuerdo de una persona que su llamada o su mensaje. ¿Por qué cuando nadie nos piensa nos sentimos tan muertos? Esto explica el hervor de la fama. El



selfie es vida. Dice Carlos Barrabés en sus últimas charlas (YouTube) que lo único que nos salva es ser interesantes, crear experiencias memorables y compartidas. Dice también que él trabaja mucho con algoritmos, y advierte: “creed en los algoritmos porque si no os matarán”; “controla la tecnología o te esclavizará una máquina”.

Antonio Damasio vindica en su libro *El extraño orden de las cosas* la importancia de la homeostasis, el imperativo vital de la vida ya en la primera bacteria, la pulsión que nos ha traído hasta aquí: “sobrevivir y prevalecer”. El algoritmo que forzó a las primeras bacterias a colaborar y asociarse. La homeostasis, según Damasio, está infravalorada por la literatura científica y aún más por la cultura. Explica también la importancia del cuerpo como cerebro: el intestino, sistema entérico, lleno de neuronas, (se) piensa antes que el cerebro. Los sentimientos son la información íntima del cuerpo, dice Damasio. La mielina, la capa que recubre las neuronas, es costosa, se ha obviado en bastantes tramos y muchos nervios van al aire, sin cablear, así que se rozan y se comunican en el acto, y esa primera capa de info autorreferencial son los sentimientos. Ahora sabemos que las familias comparten e intercambian bacte-

rias. Llevamos –o nos llevan– muchas más bacterias que células. Todas colaborando. A veces, alguna se desmanda. El selfie emite memes y tal vez bacterias; quizá neutrinos.

Los demás nos mantienen vivos pero hemos de darles algo interesante, experiencias memorables barrabesianas. Todo lo demás es *commodity*, automatizable. De ahí el frufrú de las redes. Si algo nos describe es el corsé de Frida Kahlo, el pecho abierto, ciborgs intentando entender Facebook... para defendernos de sus asechanzas (*Letras Libres* núm. 201). El corsé de Frida, los clavos como apps de la piel, los virus aflorando, nuestras queridas bacterias, todas enviando big data íntimo a alguna parte (Google Arts le ha dedicado a Frida un especial). *Crash*, de Cronenberg. Cuerpos rotos, recosidos.

Mateo Valero Cortés, natural de Alfamén y director del Barcelona Supercomputing Center, insiste en que la Unión Europea necesita fabricar su propio microprocesador. China ya está en el suyo. El chip es el primer espía, una colonización a nivel bacteria, casi el alma. Blockchain es la verdad: justo cuando nos agobia la posverdad como culminación de las mentiras, funciona esta tecnología que sella para siempre cada ver-

dad. Blockchain rula (*run*). Atención a Luis Iván Cuende, que propone con blockchain un mundo independiente: lo ha llamado *aragon.one* porque en Aragón se instauró el único gobierno anarquista.

Estamos en el corsé de Frida (en Google se puede ampliar y ver el pigmento, el mismo dolor y la homeostasis a tope, todo junto), atados al cuerpo que ya no usamos y esperando que alguien se acuerde de nosotros para resucitar en vida. La muerte es que nadie repare en ti: el cerebro se ha adaptado –¡qué remedio!– para ignorar esa indiferencia, aunque sea a fuerza de ver series; pero el cuerpo reconoce con precisión esas muertes intermitentes. El intestino lo sufre en el acto. Y envía informes en tiempo real al cerebro, que necesita doparse con memes para no admitir esas soledades. Facebook, en su crueldad mecánica, va directa al estómago (como todo). La vigencia (la urgencia) de Frida viene de este regreso de los cuerpos dolientes; los amargorios de Frida son nuestro selfie: sed interesantes o some-teos como esclavos del software. Todo esto remite al inagotable ensayo de Santiago Alba Rico *Ser o no ser (un cuerpo)*, que explica ese desgarramiento. Escribe (página 232):

¿Qué soy? Luego.

¿Dónde estoy? En otro sitio.

¿Qué tengo? Ganas.

¿Qué hago? Selfies.

El precio por llegar a los demás en redes está siendo demasiado caro (entregamos nuestra alma neutrina), pero el blockchain podría ser la fórmula sin esos intermediarios.

Entretanto puede ser saludable el fabuloso breviario de Ismael Grasa, ya reseñado por Ricardo Dudda, *La bazaar secreta*, que nos traslada a un mundo donde cada cual, al hacerse la cama y despejar la mesa, mantiene a raya la entropía, promueve la confianza en los demás y aguanta con serena apostura estas soledades. —

MARIANO GISTAÍN es escritor y columnista. En 2017 publicó *Con Buñuel por Aragón* (DGA).